

DESALOJO

-Juan Sinjota-

Ayer por la tarde bajé al sótano. Tuve que hacerlo. Comenzaba a sospechar que algo andaba ocurriendo allí. Aprovecharía para recoger algunas herramientas que podían serme de utilidad. A partir del tercero la luz de la escalera no funcionaba. Era extraño porque no recordaba que la instalación estuviera afectada por ningún tipo de avería. Todavía no. Traté en vano de darla presionando una y otra vez el mecanismo. El caso fue que desde el tercero la penumbra conquistaba a intervalos los tramos de escalera. Sobre todo a partir de la planta baja. Hasta allí la luz del atardecer se filtraba a través de los ventanucos de cristal traslúcido que dan al patio de luces interior y dotaba a la atmósfera de un aliento de irrealidad que contrastaba con la certeza terca de la situación. Bajé a tientas el primer tramo de escaleras hacia el sótano y allí encendí la luz de la linterna, no lo hice antes porque no deseaba correr el riesgo de que el resplandor denunciase ni mi presencia ni mis movimientos al exterior del edificio. Era una luz amarillenta que irradiaba sobre las superficies que iluminaba un aura de calidez de la que probablemente carecían. Las escaleras estaban sucias y de las paredes, con sólo rozarlas, se desprendía un polvillo seco que quedaba flotando en el aire iluminado por el haz amarillento de la linterna, igual que un mundo abisal, y que al respirar producía un escozor que acababa por provocar el estornudo. Eso al principio. Después uno se habitúa. El suelo del sótano me devolvió en medio de irisaciones imposibles y destellos de espejo oscuro la luz que me guiaba. Había comenzado a inundarse y, por el olor fétido que flotaba en el ambiente, adiviné que lo hacía a través de los desagües, del inodoro también, con toda seguridad. Por ahora la profundidad del agua no alcanzaba más allá de tres centímetros y no me importó enfangarme con tal de recuperar la caja de herramientas. Di con ella sin problemas y puesto que el resto de los habitáculos particulares de los que fueron inquilinos estaban abiertos inspeccioné su interior y fui tomando de ellos

aquello que creí podía serme de utilidad en un futuro. Un gato de coche, una cizalla, un ovillo de alambre, un pequeño generador de gasoil al que el agua todavía no había alcanzado, una garrafa de plástico que contenía lo que mi olfato reconoció como combustible... Realicé varios viajes dejando en los peldaños del arranque de la escalera el fruto de mis pesquisas. Bastaba con saberlos a salvo y calculé que con depositarlos más allá del sexto escalón lo estarían ya que, según recordaba, esa debía ser la altura a la que se encontraba el nivel de la calle y estaba claro que el agua encontraría salida hacia ella a través de cualquiera de los ventanucos de respiración. Por si la inundación no iba más allá y podía regresar más adelante tomé nota mentalmente de aquello que se almacenaba sin demasiado orden ni concierto en los trasteros. Nunca sabe uno lo que las circunstancias pueden depararle y qué ha de serle de utilidad. Tomé la caja de herramientas y regresé. Al alcanzar la planta baja volví a apagar la luz de la linterna. Tras la oscuridad total del sótano, la escasa luz natural que todavía se filtraba a través de los tragaluces de la escalera se antojaba suficiente. Antes de enfilear las escaleras deposité sobre el suelo la caja de herramientas y, por simple precaución, me interné a través del largo pasillo del primero bajo. Casi ni recordaba ya quienes fueron sus últimos inquilinos. Me quedaba de ellos un recuerdo etéreo, diluido en el tiempo, y únicamente alcanzaba a dibujar en mi memoria el rostro avejentado de la mujer, María creo recordar que se llamaba. Alcancé la habitación del fondo y pude comprobar que todo estaba en orden. La puerta del armario empotrado, forrada en el mismo papel floreado que el resto de la habitación, no mostraba signo alguno de haber sido forzada y enfoqué la linterna hacia donde debía hallar el papelito doblado que me garantizaba que así era. Después regresé, a oscuras, y al alcanzar el arranque de las escalera apenas si existía ya la luz que recordaba. Tomé a tientas la caja metálica y comencé a subir el primer tramo de unas escaleras que conocía de memoria, ocho escalones y el rellano, otros ocho y el piso, sin dar la luz ni siquiera a partir del tercero, así hasta llegar al ático. Allí, sin razón aparente, me sentía a salvo de algunas de las amenazas que se cernían sobre mí. Era, estaba claro, el último habitante de un mundo que agonizaba en mitad de la oscuridad, a merced de la amenazas perennes y concretas, y, eso ya lo sabía yo por entonces, ni siquiera la noche era garantía alguna de paz. Miré a través de la ventana. Las farolas apenas si conseguían disipar las sombras y no fue difícil dar con evidencias de la presencia vigilante de quienes esperaban al acecho.

Los últimos en sucumbir fueron los del tercero be. Hace unos días llamaron a la puerta y me comunicaron su decisión. Así no podemos seguir, dijeron, y se despidieron de mí deseándome toda la suerte del mundo, la iba a necesitar. Les agradecí el esfuerzo y el tesón que hasta aquel momento habían puesto en la empresa y sé que callaron algunas palabras porque sus miradas era toda una invitación implícita a unirme a ellos, invitación que decliné con otra mirada cargada de decisión que ellos debieron de comprender al instante. Habían contratado un servicio de mudanzas y, cargado el último de los escasos bultos que componían el universo de sus pertenencias, salieron. Cerré el portal y aseguré la puerta clavando algunos tablones cruzados e incrustando varias cuñas de madera de modo que la hoja quedara atorada. Añadí la del tercero be al manajo de llaves y de regreso al ático decidí ir comprobando, piso a piso, cuál de ellas abría. Facilitó la tarea el hecho de que en su mayor parte portaran una etiqueta plástica, un papelito engomado en otras, con la leyenda correspondiente. El resto requirió un ejercicio de ensayo y error que me llevó un tiempo. No me importó. Si algo me sobraba ahora era tiempo. También a ellos. No tenían prisa, seguro, porque pensaban que tarde o temprano había de ceder del mismo modo que acabaron por hacerlo el resto de los inquilinos. Se limitan a estar ahí, a hacerte saber que esperan que entiendas que estás de más allí donde sólo ellos tienen cabida. Su insistencia ejerce la presión de una prensa que, giro a giro, tan lento que apenas parece que lo hicieran, van avanzando en el tornillo, en la espiral de la rosca, hasta ahogar en ti toda esperanza. Así hasta ahora. Se lo que me espera. Porque sé que andan apostados, ahí afuera, al acecho y que tratarían de aprovechar cualquier oportunidad para acceder al inmueble. Pero sé que mi presencia aquí es lo único que les detiene. Y cada vez con más determinación, estoy dispuesto a soportar el asedio. Porque es eso. Al principio trataban de pasar desapercibidos, unos obreros que instalan o revisan las líneas telefónicas en la fachada, una obra en la alcantarilla de la acera, justo al lado de la puerta, un puesto ambulante de golosinas... Eso y las amenazas veladas, las visitas de sus abogados, los mediadores, los hombres buenos, los sobornos... Más tarde su presencia evidente, que ya ni siquiera se molestan en guardar las formas, simplemente vigilan, día y noche. Ahora, además han comenzado los sabotajes. Por eso no me sorprende tanto como debería el corte de fluido que afecta a parte de la instalación del inmueble. Es posible que tarden algún tiempo en percatarse de que otra parte de la instalación recibe aún el suministro de energía que ellos intentan cortar. Inundar el sótano, por el contrario, se me antoja una idea brillante, no esperaba

algo así, pero entiendo que es un intento de inutilizar todo aquello que de un modo u otro suponen podría serme útil en el empeño de soportar su asedio. Ya no envían cartas de apremio, amenazantes e inútiles. Y hace dos días que cortaron el teléfono. Ellos hicieron la última llamada. Una voz ronca que ni siquiera se identificó insistió en lo descabellado de mi postura terca, que podíamos llegar a un acuerdo conveniente para ambas partes, otros lo habían entendido así y por eso se fueron, me dijo. Pero yo sabía que su ofrecimiento y la denuncia de desertiones interesadas formaba parte de su estrategia de desgaste. Colgué. Ya no ha vuelto a sonar, y no hay línea. Lo compruebo de vez en cuando, pero sé que no la va a haber.

Fue don Santiago Manero, el del cuarto derecha, uno de los inquilinos más antiguos, el que antes de marcharse (para entonces otros muchos lo habían hecho ya) subió hasta el ático una noche y me despertó para decirme, hay algo que deberías saber, y yo, medio en sueños, tras escuchar la advertencia de no dar la luz, le seguí bostezando escaleras abajo sin conseguir desperezarme del todo. Cuando regresé de nuevo a mi ático, a pesar de todo, ignoraba la trascendencia de aquello que el bueno de don Santiago acababa de poner en mi conocimiento. Y es que don Santiago, antes de ser el inquilino del cuarto derecha, mucho antes, lo fue del primero bajo. Supongo que, ni siquiera sus posteriores inquilinos, aquellos que le sucedieron en su uso, conocían algo que, si hemos de creerle, y no hay razón para no hacerlo, descubrió por casualidad, el único modo de descubrir estas cosas, eso dijo él. Creí que alguna respuesta coherente tendría para la pregunta de por qué a mí, qué razón le hacía confiarme un secreto que él podía utilizar. Se encogió de hombros, yo ya estoy viejo, dijo, tú sabrás qué uso hacer de él. No le volví a ver. Se había marchado de madrugada y ellos estarían ya celebrando, a buen seguro, la caída de un nuevo bastión. Brindarían por el éxito de su empresa. Por nuestra derrota. La que ahora sólo podía ser mía. Y lo hubiera sido de no ser por la revelación de aquel buen hombre que me despertó en mitad de la noche para abrirme los ojos... a la luz de la esperanza, porque lo que don Santiago Manero me mostró fue cómo llegar al dormitorio del fondo de aquel primero bajo. Allí, cuando comenzaba ya a arrepentirme de haber dado oídos a una petición absurda, se abrió la puerta de aquel armario empotrado y, una vez ambos en el interior, me mostró el modo de abrir otra puerta interior disimulada en la pared del fondo del armario y, por precaución, sólo por eso, así me lo aseguró, no nos internamos en la Librería Betanzos, que a ella daba, pues ignoraba si en la actualidad disponía de sistemas de detección de movimiento o

cualquier otro tipo de alarma que acabase por dar al traste con todo. Si ellos no lo saben, es un as en tu manga, me dijo.

Esta mañana he encendido la tele (era inexplicable que todavía no hubieran conseguido cortar por completo el fluido eléctrico), la radio hace días que dejó de funcionar sin que consiga imaginar la manera en la que consiguieron provocar la subida de tensión que fundió el transformador de la fuente de alimentación. Un petardazo seco que llenó la cocina de un humo negro, acre e irrespirable, y que provocó un conato de incendio que logré dominar a golpes de toalla húmeda. Al recordarlo mientras encendía la tele he pensado por un instante que volvería a suceder. Pero no ha ocurrido y durante unos minutos, mientras desayunaba, me he dedicado a pasar de un canal a otro en busca de algo que ni siquiera yo podría explicar con certeza. Hasta que en un momento dado el corazón me ha dado un vuelco y he tenido que volver atrás para descubrir un nuevo canal que en buena lógica no debía hallarse allí, porque jamás lo estuvo. La pantalla se ha iluminado en un azul intenso justo antes de que en la banda inferior de subtítulos haya ido emergiendo, de izquierda a derecha, un mensaje que he sabido desde el principio que se dirigía a mí. Mucho antes de que apareciese la imagen de aquel ser anodino que, sin mirar a la cámara, se ha dedicado durante un par de minutos a leer con voz engolada una mezcla de promesas y amenazas, todas ellas dirigidas a alguien que sé que era yo, aunque sin nombrarme. El mismo mensaje recorría la banda de subtítulos y lo ha seguido haciendo bastante tiempo después de que la imagen haya desaparecido y haya ocupado su lugar el azul. Un ultimátum. En realidad cualquier comunicación lo era, terminaba por serlo. Una más. Yo sabía que iba en serio. Antes del medio día he escuchado un zumbido y he intuido lo que ocurría, a partir de ese momento todo el edificio ha quedado privado de energía eléctrica. Me he alegrado de haber conseguido salvar del naufragio del sótano el pequeño generador.

La primera ocasión en que empujado por la necesidad bajé al primero bajo y enfile el pasillo hacia la habitación del fondo con la esperanza de que aquello que creía recordar no fueran imaginaciones mías, lo hice también recordando las recomendaciones de don Santiago Manero. Elegí una hora en la que me constaba que la Librería Betanzos, además de estar abierta al público, recibía la visita de un número suficiente de clientes. Desde el interior del armario empotrado pude elegir, observando a través de un orificio mínimo, el momento oportuno para recorrer con cuidado los cerrojos y empujar la puerta que cedió con cierta facilidad a pesar de

resultar más pesada de lo que en principio era de esperar, algo que comprendí apenas puse el pie al otro lado y cerré, con el corazón latiendo desbocado, porque al otro lado la puerta era una estantería repleta de libros. Mi única salida quedaba pues, ahora lo sabía, al fondo del pasillo dedicado a ficción. También a poesía contemporánea. Hice que echaba un vistazo y después, sorteando gentes que curioseaban las últimas novedades, fui acercándome hacia la puerta. La señorita que atendía el mostrador y la caja andaba ocupada con un cliente y, casi sin mirar, me dirigió un buenos días y muchas gracias por su visita. Me informé de la hora de cierre, no fuera a quedarme en la calle. No podía llevar de regreso a casa todo lo que hubiera deseado, no podía permitirme el lujo de levantar sospechas llamando la atención por arrastrar un sinfín de bultos, así que me limité a llevar lo imprescindible. Pensé también que podía dejarlo todo en la acera y realizar sucesivos viajes, depositando mi carga al otro lado, en el interior del armario, pero decidí que estos aspectos técnicos requerían de una experiencia de la que entonces carecía. Nadie, a pesar de todo, reparó en mi presencia. Nadie sospechó, el negocio de la librería Betanzos parecía gozar de una salud envidiable, una clientela fiel y abundante, y yo, con el corazón de nuevo al galope, no respiré tranquilo hasta haber pasado los cerrojos desde el interior del armario de pared. De nuevo en casa. El avituallamiento estaba asegurado para varios días. Al llegar a mi ático comprobé que ellos habían dado una vuelta de tuerca más. Habían cortado el suministro de agua. Nada que no se pudiera remediar. Anoté “agua” en la lista de la próxima compra y calculé que no quedaban demasiado lejos los baños públicos.

En la actualidad, a pesar de que he restringido mis salidas al exterior a lo meramente imprescindible, atravieso la Librería Betanzos al menos una vez a la semana, a veces dos, depende. Cuando lo hago me ocupo de que quienes vigilan desde el exterior tengan pruebas de que en realidad sigo allí, tiendo ropa en las ventanas, levanto o echo alguna de las persianas exteriores.

Han aparecido las ratas.

La curiosidad me venció en una de esas ocasiones y al regresar, aún era temprano, la Librería Batanzos tardaría aún unas horas en cerrar, y me pasé por la cafetería Donázar cuya terraza se extendía ocupando casi toda la acera, frente al edificio. No era la primera vez que montaban sus turnos de vigilancia desde una de las mesas. Ocupé una de las mesas, junto a quien supuse montaba guardia ya que no dejaba de mirar hacia la fachada de enfrente elevando su

mirada sobre el borde del periódico que fingía leer. Tenía un aire aburrido y era obvio que el aburrimiento era una causa más que suficiente para descuidar la vigilancia que tenía encomendada. Resultó ser un hombre amable con quien no fue difícil trabar conversación, una persona apacible, de vuelta ya de tantas y tantas cosas que estaba, eso dijo, curado de espanto. Fueron varias las ocasiones que tuve de conversar con Fidel, así se llamaba, a pesar de que no siempre era él quien montaba guardia desde el Donázar, eran otros y, desde luego, mucho menos proclives al trato humano y la confianza. Porque Fidel, día a día, me fue poniendo al tanto de lo que allí le llevaba ocho horas al día, mañana, tarde o noche, dependía del turno, así me lo explicó, para dedicar el tiempo a observar cualquier cambio que experimentase el inmueble con el fin de redactar un informe al cabo de su turno y entregarlo en ventanilla. Nunca había nada nuevo, me dijo, así que tenía que aguzar el ingenio porque sospechaba que su puesto de trabajo dependía de factores que nada tenían que ver con la casualidad. Por eso inventaba ruidos sospechosos, luces que se encendían y apagaban, voces que sonaban en el interior, en fin cualquier cosa que justificase su trabajo ante quienes financiaban aquel desquehacer, una inmobiliaria, casi con seguridad, por más que a él le hubiera contratado una agencia de información, sí hombre, una que queda en la esquina de la calle Lodos, justo en el chaflán con el paseo de Bruño, eso me explicó. Me explicó también que, al parecer, la culpa de todo la tenía un descerebrado que no estaba dispuesto a aceptar las condiciones de desalojo del inmueble y que se había atrincherado allí, malmetiendo a sus vecinos al principio y resistiendo como un desesperado cuando quedó solo. Fidel no se explicaba bien lo que andaba ocurriendo, que aquel tipo no podía ser que viviera del aire, que sabía de buena fuente que la empresa había cortado los suministros de agua, luz y teléfono y hacía ya casi tres semanas que nadie entraba o salía al inmueble. A lo peor se ha muerto, apunté la posibilidad. Pero eso Fidel lo tenía bien claro, que no todos los signos de vida se los inventaba él para el informe, que había ocasiones en las que aparecía ropa tendida y algunas persianas aparecían más bajadas o subidas de lo que ayer o anteayer lo estaban. Me dijo también sentir pena por él. Por quién. Por el pobre tipo ese, empecinado en un imposible, tarde o temprano tendrá que ceder, del mismo modo que cedieron otros, siempre ocurre así, no es la primera vez. Para Fidel la verdadera finalidad de quienes disponían aquel asedio no era disponer a su antojo de un edificio que el peor de los días se vendría abajo, no, no era eso. Le miré, sorprendido, ¿entonces? No pueden soportar que nadie

sea capaz de defender lo suyo, lo más íntimo, esa parte de uno mismo profunda y personal, eso que nos hace ser nosotros mismos. Fidel estaba convencido de que en la actualidad la verdadera razón de aquel cerco tenía mucho que ver con la derrota personal e íntima del último inquilino. Mucho más que el desalojo del inmueble. Eso crees, pregunté. Pues claro. Después se giró hacia mí como si hubiera detectado un algo peligroso. Oye, tú no serás periodista, eh. No, no qué va.

De modo que a partir de ese día mi mente no cesó de indagar en la naturaleza de los últimos acontecimientos y las palabras de Fidel, ajeno a la identidad de quien le escuchaba, resonaban en mi interior con un eco extraño ya que podían ser ciertas sus elucubraciones. No cercaban el inmueble. Era a mí a quien intentaban someter. Necesitaban doblegar a quien de algún modo les retaba. Sólo por ser él mismo. Y mostrar al mundo que así era, una muestra de su poder para quienes sintieran la tentación de intentarlo. De modo que el edificio no era sino una carcasa que envolvía sus deseos. Comprendí que si algo podía salvar era mi vida, que debía hacerlo. Y decidí irme. Definitivamente.

Una tarde salí de la Librería Betanzos con la intención de no regresar nunca más. Ellos seguirían vigilando, rellenando sus informes, maquinando sutiles amenazas y sabotajes. Pero yo ya no estaría allí, todo sería en vano. Tendrían su envoltorio de celofán pero dentro no habría nada. Yo recuperaba mi vida. Fuera de allí. En alguna ocasión regresé al interior del inmueble a través de la Librería y dejé señales de vida, más que nada por Fidel, así tendría algo que reseñar en su informe, algo que no tendría que inventar. Pero nada era lo mismo. Sentía que no era mi sitio. Ya no. De vez en cuando, muy de vez en cuando, me pasaba por la cafetería Donázar por ver si era el turno de Fidel y andaba apañando informes de incidencias que sólo creería quien estuviera predispuesto. Todo sigue igual, sentenciaba Fidel, nada ha cambiado. Pero el tiempo pasaba y algunas cosas no eran ya lo que fueron. La librería Betanzos cerró. No es que el negocio fuera mal, qué va, pero habían recibido una oferta millonaria por parte de un banco que quería abrir una sucursal. La librería sigue cerrada y las obras de la sucursal todavía no han comenzado. A veces pienso que fue la inmobiliaria la que la adquirió. Pero ya no tiene mucho sentido. Supongo que dentro de unos años me enteraré por la prensa de que se ha venido abajo el edificio del número diecisiete de la calle Murias, frente a la cafetería Donázar, que se veía venir ya que hacía meses la habían declarado en ruina. Se me dará por desaparecido.